

# AWRĀQ

Estudios  
sobre el  
mundo árabe e islámico  
contemporáneo



Publicado por la  
DIRECCIÓN GENERAL DE RELACIONES  
CULTURALES Y CIENTÍFICAS  
AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL  
Vol. XXII (2001-2005)

# A W R Ā Q

**ESTUDIOS SOBRE EL MUNDO ÁRABE E ISLÁMICO  
CONTEMPORÁNEO**

**Volumen XXII**

**(2001-2005)**

**AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL**  
**DIRECCIÓN GENERAL DE RELACIONES CULTURALES Y CIENTÍFICAS**

**DIRECTOR**

Alfons Martinell Sempere

**CONSEJO DE REDACCIÓN**

Míkel de Epalza

Universidad de Alicante

Maribel Fierro

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Teresa Garulo

Universidad Complutense de Madrid

Bernabé López García

Universidad Autónoma de Madrid

Víctor Morales Lezcano

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Juan Bautista Vilar

Universidad de Murcia

Gema Martín Muñoz

Universidad Autónoma de Madrid

Helena de Felipe

Investigadora «Programa Ramón y Cajal». Universidad de Alcalá

**SECRETARÍA DEL CONSEJO DE REDACCIÓN**

Fernando de Ágreda

Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas

Agencia Española de Cooperación Internacional

Avenida de los Reyes Católicos, 4. 28040 MADRID

Teléfono 91 583 84 27 E-mail: fernando.agreda@aeci.es

Fax 91 583 84 19

# A W R Ā Q

**ESTUDIOS SOBRE EL MUNDO ÁRABE E ISLÁMICO  
CONTEMPORÁNEO**

**Volumen XXII**

**(2001-2005)**

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL  
Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas  
Avda. de los Reyes Católicos, 4 28040 MADRID

ISSN: 0214-834X  
NIPO: 502-05-003-4  
Depósito legal: M-40073-1978  
Imprime: EGRAF, S. A.

## SIGNIFICADOS DEL CAMBIO POLÍTICO EN ARGELIA (1988-1992)

**Rafael BUSTOS GARCÍA DE CASTRO**  
Investigador en el IREMAM-CNRS.  
Université d'Aix-en-Provence (Francia)

### INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

Durante los años noventa el conflicto civil argelino captó la atención de las agencias y boletines de noticias. La escasez de imágenes de esta guerra “invisible”<sup>2</sup> y la poca fiabilidad de las fuentes no frenaron el interés mediático. Las informaciones aunque a menudo ininteligibles aclaraban al menos una cosa: la gravedad de los hechos. Entre cien mil y ciento cincuenta mil muertos, en uno de los enfrentamientos más sangrientos desde el final de la Guerra fría y aún no concluido.

Estos hechos motivaron una renovación del interés científico por Argelia. Entre 1991 y 2000, la producción en ciencias sociales sobre este país se disparó. Después de varias décadas de una preocupación decreciente por la evolución del país, los estudios especializados aumentaron considerablemente tanto en árabe como en los principales idiomas occidentales. En cierto modo, se repetía la atracción generada por la guerra de independencia. Sólo que cuarenta años después, la crisis no concernía principalmente a Francia. Era un conflicto interno que, no obstante, con-citaba mayor número de países y observadores que el colonial.

---

<sup>1</sup> El criterio utilizado para escribir nombres argelinos propios y comunes ha sido la transliteración directa del árabe a un sistema de equivalencias castellano-árabe, evitando las interferencias típicas que se producen con el francés y, en menor medida, con el inglés. Entendiendo que la lengua oficial de Argelia es el árabe, y no el francés, todos los nombres árabes o de origen árabe han sido escritos con caracteres aceptados en la transliteración árabe-español, de acuerdo a una determinada convención de signos. Por lo general, esta convención refleja el sistema de transliteración más aceptado en España, que es el de la revista *al-Qantara*, sólo que simplificado por razones tipográficas de impresión.

<sup>2</sup> Benjamin Stora, *La guerre invisible: Algérie, années 90s*. París, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques, 2001.

Todos los autores que han estudiado Argelia recientemente coinciden en señalar que el punto de arranque de la crisis actual es la “primavera argelina” (1988-1992). Es ese período de apertura que se inicia con el abandono del régimen de partido único y del socialismo oficial (1988-1989) y que se cierra con la disolución del Frente Islámico de Salvación y el estallido de la violencia (1992). Un lapso de tiempo breve pero muy intenso sin el cuál resulta imposible entender el conflicto armado actual ni concebir soluciones políticas al mismo.

La “primavera argelina” es una de esas experiencias singulares que marcan la historia de un país. Es comparable, aunque haya pasado mucho menor tiempo, con la Segunda República española. Ambos períodos turbulentos desembocaron en costosísimos conflictos internos. La Segunda República como experiencia política dejó una huella profunda en las generaciones que la vivieron y que luego tuvieron que afrontar la transición. Lo mismo puede decirse de la “primavera argelina”. Es deseable que también las élites argelinas aprendan a sacar las enseñanzas apropiadas de este capítulo de su historia. Pero, hoy es demasiado pronto todavía para que emerja un consenso semejante en la memoria colectiva de los argelinos.

La apertura del período 1988-92 es en un amplio sentido un final de siglo para Argelia. Por una parte, coincide con el final de una época de la historia universal, la Guerra fría. Un acontecimiento que la eclipsa y la influye indirectamente. Por otra parte, significa el final de un “antiguo régimen” y el de muchas de sus normas y referencias. La caída de una institución (el partido único), de un principio de legitimación (el de la guerra), de un credo económico (el socialismo desarrollista) y hasta de una línea diplomática original (el no alineamiento tercermundista). Argelia se despide del “antiguo régimen” por la vía de una pequeña revolución, las revueltas de octubre de 1988. Éstas ponen en marcha una serie de cambios sin retorno, el pluripartidismo y la liberalización económica. Ambos traerán numerosas complicaciones e inestabilidad al país, pero prevalecerán a la larga sobre los intentos de volver al pasado.

Argelia deja atrás el largo “siglo” de la colonización y de la lucha por la liberación y entra en una nueva era desconocida, cuya lógica y contornos apenas se vislumbran. Son años de gran confusión e inseguridad al ver cómo se derrumban las sólidas referencias que habían guiado al Estado argelino dentro y fuera del país. Años también de

efervescencia social porque el país descubre una libertad sin precedentes. Una libertad de la que muchos, sin embargo, no pueden disfrutar porque la crisis económica reduce sus perspectivas a la mera supervivencia.

En este contexto, los protagonistas argelinos darán, conscientes o no de ello, pasos de enorme transcendencia. No sólo por los efectos que tendrían sus actos, sino también por lo que podrían haber hecho y no hicieron. Si este período es memorable por algo, lo es más allá de los errores y aciertos, por las oportunidades desaprovechadas. Oportunidades para “civilizar” la vida política, para reconvertir el Estado rentista y distribuidor, y en fin, para reconsiderar la política de “normalización” cultural y la historia oficial que la inspiró. Los períodos de cambio político son momentos delicados para moldear los cimientos de la sociedad y del Estado, pero acaso son los únicos posibles para hacerlo.

Por definición, las transiciones son procesos abiertos cuya conclusión no puede preverse de antemano. En el caso de Argelia es patente que los actores políticos no tenían en mente un escenario final bien definido ni acordado. Esto es cierto tanto para los actores colectivos como para los individuales. De haber tenido alguno, es probable que se hubieran ahorrado muchos problemas, aunque también es cierto que las negociaciones hubieran sido muy intensas acerca del modelo político más deseable. Pero lo más grave y lo que dificulta saber hacia dónde se dirigía la transición argelina, es que las fuerzas políticas y el régimen subordinaron la definición de un proyecto político a la realización de cálculos estratégicos de corto alcance. La opacidad de los pronunciamientos de unos y otros y la falta de debates sobre la dirección que debía seguir el país, impidieron que fraguara un proceso de construcción política participativo y aceptado por todos. No sólo los discursos fueron eminentemente tácticos, sino que los contactos entre los actores lejos de aproximarse a un compromiso de “caballeros” que sentara las bases para un consenso más amplio, no pudieron desprenderse de la intriga y la desconfianza características del “antiguo régimen”.

Estos rasgos vuelven inevitablemente arriesgada cualquier valoración de los hechos que se base exclusivamente en los discursos y las declaraciones de intención. A la vez que exige plantearse la racionalidad y las motivaciones de comportamientos aparentemente inexplicables. En este sentido, nuestra investigación trata de aclarar diversos



interrogantes históricos relacionados con los principales episodios de la transición argelina: 1) la adopción del multipartidismo tras los devastadores sucesos de octubre de 1988, 2) el tenaz pulso entre el primer ministro Hamruch y el FIS sobre la ley electoral, 3) el derribo de Hamruch en la crisis de junio de 1991 y 4) la cancelación del proceso electoral en enero de 1992 y el desencadenamiento meses después de la violencia. Más concretamente, esta tesis pretende responder a las siguientes cuestiones:

La valoración que podamos hacer de la apertura argelina y su adecuada comprensión dependen de la respuesta que demos a estas preguntas. ¿Estamos ante una transición democrática abortada o más bien ante la gestión autoritaria y descontrolada de una crisis? ¿Cuál es el verdadero significado del cambio político en Argelia? Desafortunadamente, la evidencia histórica no da frutos más que a medio y largo plazo y aún así algunas de estas preguntas quedarán sin responder. Existe, no obstante, otra forma de desvelar los interrogantes señalados. Consiste en una análisis relacional de los componentes del sistema político. Al igual que el detective descubre el móvil del crimen indagando en las motivaciones y los lazos que unen a las personas más cercanas a la víctima, el politólogo puede deducir la intencionalidad de los comportamientos políticos a partir del papel y los vínculos que existen entre los actores del sistema político. Tanto más cuanto que el sistema político en cuestión se caracteriza por la fuerte concentración y confusión del poder.

## ANÁLISIS DEL CAMBIO POLÍTICO (1988-1992)

### Episodio tercero y último (octubre de 1991-marzo de 1992): del levantamiento del estado de sitio al estallido de la violencia<sup>3</sup>

Cuando el régimen argelino podía asestar al FIS un golpe definitivo y dejarlo fuera de la carrera electoral como parecía desear el ejército, el gobierno de Gozali concedió un respiro a este partido para que se reorganizara. Dejó en libertad a su nueva cabeza, el ingeniero Abdelqader Hachani, a quién insistió para que el FIS participara en los comicios. Hachani, que había afirmado su fidelidad política a Madani y a Benhaÿ, respondió que lo debía decidir el *maÿlis al-shurà*, el consejo ejecutivo de la organización. Sorprendentemente, Hachani fue liberado para encabezar una manifestación del FIS organizada el día de la fiesta nacional del 1 de noviembre y a la que el gobierno no puso ninguna cortapisa. Las revistas y los periódicos del FIS volvieron a circular a partir del 1 de diciembre. En cambio, el resto de restricciones y sanciones siguieron en vigor, empezando por el encarcelamiento de los dirigentes detenidos en junio y terminando por los embargos de locales que obligaban a emplear un piso como cuartel general. Hachani era un hombre con el que Gozali podía entenderse bastante bien. Fue el hombre que eligió Gozali como interlocutor después de haber arrestado a otros líderes del FIS, como Mohamed Said. Era un ingeniero como él, que pertenecía a la corriente “*al-ÿazara*” (argelinista) del movimiento islamista. Su orientación nacionalista, ya que perseguía una fórmula islámica de gobierno adaptada a la realidad argelina, le acercaba bastante al nacionalismo tecnocrático de Gozali y lo hacía menos peligroso a los ojos del ejército. Hachani era, además, un hombre de carácter moderado y reflexivo, pero no un gran orador como el cheij Benhaÿ o el mismo Madani.

Era, por tanto, fácil de ver que desde el levantamiento del estado de sitio el día 29 de septiembre, el ejército estaba dejando hacer al jefe de gobierno Gozali para que aplicara un plan que habían concertado previamente. En este plan, el Presidente había contribuido subrayando la importancia de continuar con las elecciones. Por lo demás,

---

<sup>3</sup> Consúltese la cronología que se inserta al final del texto para situar adecuadamente este episodio en el curso de los acontecimientos.

Benÿdedid pasó a un segundo plano muy discreto, reduciendo sus movimientos e intervenciones al mínimo. Se recluyó en el palacio presidencial de Zeralda recibiendo alguna que otra visita extranjera y delegando de hecho sus competencias en el gobierno y en el ejército. Algunos observadores le describen en esa época como ocioso, depresivo y desgastado<sup>4</sup>. Además, al haber dimitido de la presidencia del FLN el 26 de junio, su papel como árbitro entre facciones se había comprimido apreciablemente. Esta dimisión significaba, por otra parte, que Chadli se encontraría en una curiosa situación en caso de presentarse a la reelección. De acuerdo con la ley electoral, todo candidato debía ser avalado por uno o varios partidos y dado su abandono, no era seguro que Chadli fuera a disponer del respaldo del FLN.

Gozali y el ejército pretendían, siguiendo la estrategia descrita anteriormente, dar pie a la formación de un gobierno legitimado por las urnas pero sin incurrir en el error de dejar espacio de maniobra al FIS. Ese gobierno debía surgir de un acuerdo entre el FLN y los partidos laicos de oposición en una Asamblea que las encuestas preveían equilibrada (un tercio para el FLN, otro para el FIS y otro para el resto). Desde su llegada al gobierno, Gozali remarcó que compondría un ejecutivo que no estaría vinculado al FLN, un gobierno “independiente”. Lo cierto es que la mayoría de sus miembros sin ser titulares del Comité Central del partido eran personajes del régimen y no caras nuevas. Eran o bien políticos y diplomáticos de la era Bumedián (Rahal, Brahimi y Belkaid) o colaboradores de Gozali en la SONATRACH (Fodil Bey, Laussine y Leulmi). Eran principalmente tecnócratas en la cincuentena marcados por la experiencia socialista de Bumedián.

Es cierto que Gozali mantenía una relación ambivalente con el partido. En parte, porque su dirección había estado dominada por los reformadores y otros sectores rivales. Ideológicamente, Gozali estaba por la reforma económica, pero no del tipo monetarista defendido por Hamruch y su equipo, sino por la reactivación de las inversiones industriales gracias a una explotación intensiva de los hidrocarburos. En este sentido puede calificársele de neo-bumedianista sin olvidar que no era contrario a los acuerdos con el FMI ni a la liberalización a medio plazo del mercado, a diferencia de su mentor B. Abdesalam. En ese sentido su posición se situaba a medio camino de los reformadores y los con-

---

<sup>4</sup> Khelladi, A. (2002). *Le FIS à l'assaut du pouvoir*. Argel, Marsa, p. 132.

servadores reacios a la *infitah* económica (socialistas duros como Yahiaui y pro-islamistas como Ibrahimi).

Durante las elecciones locales de 1990, Gozali había hecho campaña a favor del FLN junto a muchos de los barones bumedianistas, a pesar de que entonces formaba parte del gobierno de los reformadores. Posteriormente, fue marcando distancias con el partido llegando a criticarlo con mucha dureza (diciembre de 1991). Tras la crisis de mayo-junio de 1991, Gozali organizó dos conferencias entre el gobierno y los partidos, con el fin de consensuar un proyecto de ley electoral. Esas conferencias apenas tuvieron éxito porque los partidos más importantes, incluido el FLN, las boicotearon. Entre una y otra conferencia, se reunió el Comité Central del partido para renovar el Buró político. Gozali decidió salir del Buró Político, en parte por coherencia con su gobierno “independiente” y en parte por el desencuentro con el Secretario General Mehri quien había abandonado la conferencia gobierno-partidos. En la renovación de agosto, el buró político quedó extrañamente dividido, con una caída de la influencia de los reformadores pero sin que los bumedianistas les arrebataran del todo el poder. A frente de la organización, seguía Mehri, cuñado e íntimo amigo del Presidente, con quién Gozali tendría dificultad en entenderse.

Mehri había sido un dirigente político de los primeros tiempos, de antes del FLN y pertenecía a una generación muy distinta a la de Gozali. Su equivalente en edad y experiencia nacionalista era Abdesalam, el protector de Gozali. Al margen de las diferencias que pudiera existir entre los dos personajes históricos, sus pupilos Gozali y Hamruch estaban empeñados en pelearse en la carrera de sucesión a Benÿedid (Entrevista con W. Laggoun, 2002). Como el mismo Mehri explicó, su rivalidad era la de “dos gallos en lucha por el poder, sólo que en la pelea no habría más que perdedores”<sup>5</sup>. Fuera o no así, lo cierto es que ambas familias políticas se sentían arrastradas en direcciones opuestas.

Mientras Hachani estaba encarcelado y Gozali trataba de moldear a su gusto al FIS, el gobierno presentó a la Asamblea el proyecto de ley electoral. Gozali creyó probablemente que sería un trámite

---

<sup>5</sup> Lavenue, J.-J. (1993a). *Algérie. La démocratie interdite*. Paris, L'Harmattan, p. 116.

fácil dado el desprestigio de la cámara que había deshecho sus propias leyes hasta tres veces en dos años. Sin embargo, Gozali encontró una resistencia tenaz a pasar la mayoría de sus propuestas: escrutinio proporcional, tres candidatos en la segunda vuelta, 377 circunscripciones y supresión de voto delegado entre cónyuges (Actas de sesiones de la Asamblea Popular Nacional, 1991). Tuvo que renunciar a todo esto y además, su plan de distribución de las circunscripciones fue retocado al alza (430) dando una ventaja sensible al FLN. Tan rotundo fue el varapalo de la Asamblea, que Gozali consultó al Presidente la devolución de la ley al parlamento, pero Chadli le disuadió de ello. Entonces, Gozali debió convencerse de que Mehri había azuzado al parlamento del FLN contra él y luego había hablado con Benÿedid para que desestimara la relectura de la ley. Pese a ello, Chadli concedió a Gozali la petición de revisión constitucional de la delegación del voto entre cónyuges. Ese recurso anuló a finales de octubre la delegación ordinaria entre cónyuges (presentando el libro de familia) y la igualó a los demás casos de delegación previstos por la ley.

El nuevo diseño electoral, mayoritario y tendente a la bipolarización debido al “ballotage”, no ayudaba a ciencia cierta a formar un parlamento “atomizado”, como el que deseaba Gozali<sup>6</sup> para asegurarse la reelección. Por ese motivo, tuvo que modificar su estrategia con respecto al FLN. Si el entendimiento no había sido bueno con el partido hasta entonces, después de octubre, Gozali apostará claramente por los candidatos independientes e incluso alentará a presentarse solos a dirigentes del FLN. Belaid Abdesalam será de los primeros en seguir esos pasos. Abdesalam adquirirá notoriedad esas fechas por sus ataques a la gestión económica de Hamruch y su petición de elecciones anticipadas antes de marzo de 1992 (Agencia EFE, 27-10-1992). No será el primero en solicitarlo, pero sí en aprovechar la situación de debilidad en que se encontraba el Presidente. La segunda reacción del gobierno a la ley electoral procede del ejército y consiste en nombrar Ministro de Interior a Larbi Beljeir y encargarle la preparación de las elecciones. Una de las preocupaciones del gobierno es contrarrestar el dominio del FIS en los ayuntamientos y asambleas de wilaya. Beljeir, decidido a no

---

<sup>6</sup> *Arabies*, n° 61, enero de 1992, pp. 12-14, citado por Quandt, W. (1998). *Between Ballots and Bullets. Algeria's Transition from Authoritarianism*. Washington D.C., Brokings Institution Press p. 58.

dejar llegar los islamistas al poder<sup>7</sup>, hará concienzudamente su trabajo sin que se sepa muy bien si actúa de *motu proprio*, a petición del Presidente del que es colaborador o del general Nezzar.

Entre tanto, el FIS se debatía entre participar o no en las elecciones. El partido estaba muy dividido y la base tendía a considerar que Hachani estaba haciendo demasiadas concesiones a Gozali y al ejército. En efecto, Hachani había rebajado las exigencias del FIS y aunque la decisión de participar no estaba tomada todavía, él había presentado las listas de candidatos el día 3 de noviembre. De nuevo, el día 5 de diciembre dio señales de comedimiento anulando una manifestación que podía desembocar en más violencia. En el *maǧlis al-shurà*, muchos pensaban que el boicot electoral reforzaría al partido más que un buen resultado sin victoria, como esperaba Hachani<sup>8</sup>.

Finalmente, a escasas dos semanas para la primera ronda electoral, el FIS comunicaba su decisión de participar, después de que Hachani lograra una apretada mayoría en el *maǧlis al-shurà*. ¿Por qué? Es difícil saberlo a ciencia cierta. No cabe duda de que Hachani y el FIS recibieron muchas presiones para que entraran en competición, no sólo por parte del régimen, sino también de la prensa. Esto puede sorprender ya que la entrada en liza del FIS complicaba las posibilidades de victoria del FLN, máxime dado que las encuestas preveían un empate a tres bandas. ¿Por qué no dejar que se abstuviera el FIS y darle una cómoda victoria al FLN? Parece que la respuesta a esta intrigante pregunta debió ser la siguiente: un FLN demasiado fuerte frenaría las reformas económicas. El Presidente no deseaba una victoria holgada del FLN porque se opondría a la liberalización. Gozali tenía razones personales para tomar la revancha contra la APN y el jefe del FLN,

---

<sup>7</sup> Nezzar cuenta cómo unos meses más tarde, en una reunión decisiva, Beljeir golpeó la mesa una y otra vez para convencer al Ministro de Justicia Benjelil de que debía ilegalizar al FIS porque si no lo hacía, él mismo lo ordenaría a los walis, citado en Nezzar, K. (1999). *Mémoires du général Khaled Nezzar*. Batna, Argelia, Chihab Éditions, p. 237.

<sup>8</sup> Roberts, H. (1994). From Radical Mission to Equivocal Ambition: the Expansion and Manipulation of Algerian Islamism. *The Fundamentalist Project: American Academy of Arts and Sciences*. M. E. Marty and R. S. Appleby. Chicago, University of Chicago Press. 4, Accounting for fundamentalists: the dynamic character of movements: 428-489, p. 473.

Mehri. Además, unos comicios sin el FIS carecerían de credibilidad internacional. Por tanto, lo más lógico para el ejecutivo era apostar por la carta de los independientes y de un FIS moderado por Hachani para contrarrestar al FLN.

El ejército, con Nezzar como máxima autoridad por su ascendencia personal y dinamismo, se afanaba en confiar en los cálculos de Gozali sobre un parlamento escindido, pero no podía dejar de prever lo que ocurriría si fallaba. El escenario que barajaba el ejército desde hace tiempo era el de un asalto violento al poder por parte del FIS. En previsión de lo cual, se hizo aprobar la ley de 6 de diciembre que permitía al gobierno llamar al ejército y delegarle todos los poderes de policía sin necesidad de que el Presidente proclamara el estado de sitio o excepción. Esta medida, dudosamente constitucional porque entregaba enormes poderes al jefe de gobierno, revelaba por una parte que ya no se contaba con el Presidente, y por otra, que Gozali y Nezzar estaban dispuestos a cortocircuitarlo.

En vísperas de las elecciones, Gozali fue tomando una serie de medidas trascendentes para el país. Un mes antes de las elecciones, cerró con los sindicatos y la patronal un acuerdo de mejora salarial que elevaba el sueldo nominal en más de un 50% para el año siguiente<sup>9</sup>. Este compromiso rompía con varios años de contención en el gasto público. A tres semanas de los comicios, promovió una ley de hidrocarburos que revolucionaba el acceso de las empresas extranjeras a los yacimientos de gas y petróleo. Las condiciones de esta ley eran más ventajosas para las compañías petroleras que las precedentes. Si bien éstas tenían que pagar un fuerte canon de entrada<sup>10</sup>, luego podían explotar los yacimientos con mayor libertad. Evidentemente, estas acciones hipotecaban el presupuesto y las decisiones del futuro gobierno y sólo tenían cierta lógica si Gozali estaba seguro de ser renovado

---

<sup>9</sup> Según un informe del Banco Mundial de 1993, la masa salarial argelina pasó de 71 mil millones de dinares en 1991 a 110.3 mil millones en 1992, es decir un aumento de más del 50% en términos corrientes y de más del 23% en términos reales, citado en Benabdallah, Y. (1999), "La réforme économique en Algérie: entre rente et production?" *Monde Arabe. Maghreb-Machrek* (166, oct-déc.), p. 22.

<sup>10</sup> Según el propio Gozali esos cánones reportarían al gobierno 5 mil millones de dólares el año siguiente.

como primer ministro tras las elecciones. Gozali era un hombre ambicioso y había logrado lo que a Hamruch le habían negado: la refinanciación de una parte de la deuda externa. En efecto, en otoño un consorcio privado de bancos liderado por Crédit Lyonnais<sup>11</sup> acordó a Argelia un importante préstamo para poder refinanciar su deuda<sup>12</sup>. Por todo ello, parece que Gozali se fue convenciendo de que podía sacar al país del marasmo económico. Reafirmado en sus posibilidades, se embarcaba en una estrategia de debilitamiento de las opciones electorales del FLN, que combinada con la labor de Beljeir producirían un resultado sorprendente y desestabilizador.

No es que Gozali trabajara deliberadamente para que el FIS ganara las elecciones, sino que creyendo que el FLN partía con mucha ventaja debido a la ley electoral y al trabajo de Beljeir, se dedicó a mejorar las oportunidades de los independientes y fuerzas de oposición. En muchos sentidos actuaba como lo hizo Hamruch en las elecciones locales de 1990. Pero esta vez el resultado electoral iba a ser todavía más inesperado debido a todos los preparativos legales y políticos. En realidad, Gozali no debía ser realmente consciente del peligro de su plan, que era grande, sin embargo, ya que su apoyo a los independientes difícilmente podía traducirse en otra cosa que no fuera una pérdida de votos para el FLN. El tipo de escrutinio y el tamaño de la circunscripción (unos 30.000 electores de media) hacía muy complicado que los independientes pudieran obtener escaños. Al sumar votos sin escaño, le arrebatava fuerza al FLN de donde procedían casi todos. Quizá esperaba Gozali que los independientes y la oposición laica pudieran decidir con sus votos la segunda vuelta, pero era en todo caso muy arriesgado. Tanto más cuanto que nadie conocía el verdadero peso de los partidos de la oposición, muchos de los cuales debutaban en los comicios.

Al mismo tiempo, Beljeir se ocupaba sistemáticamente de la preparación electoral. Relevó a algunos *wali* y les aleccionó para que tuvieran una actitud activa en las operaciones de confección de lis-

---

<sup>11</sup> Entidad francesa de capital mayoritariamente público.

<sup>12</sup> G. Corm (1993), "La réforme économique algérienne: une réforme mal aimée?" *Monde Arabe. Maghreb-Machrek* (139, janv-mars), p. 174 y Henry, C. M. (1996). *The Mediterranean Debt Crescent*, University Press of Florida, p. 24.



tas electorales, la resolución de conflictos y la distribución de tarjetas de elector. La ley electoral permitía todo esto. En concreto, era tarea de la “comisión administrativa”, compuesta por un magistrado, un funcionario bajo su control, un representante del *wali* y el presidente del ayuntamiento, la elaboración y revisión de las listas electorales. Y la administración de la wilaya, “jerárquicamente sometida al wali” (Ley de Wilaya, 1990: Art. 106), tenía por misión la entrega de tarjetas electorales. A pesar de estas prerrogativas del ejecutivo central, el resto de operaciones exigían una mínima cooperación entre electos locales y los walis. Los primeros eran responsables de los avisos públicos, la gestión de demandas de inscripción y la notificación de recursos. Por la fuerza de los hechos, esa cooperación sería conflictiva en muchas de las comunas y wilayas gobernadas por el FIS. Como resultado, 400.000 personas no pudieron votar por no estar en las listas y 900.000 no lo hicieron por no haber recibido la tarjeta electoral. En general, la responsabilidad principal puede achacarse a la administración central vistos los poderes superiores de que disponía para aplicar la ley, sin por ello eximir al FIS de su parte de culpa.

Otro aspecto importante de la organización electoral del que se ocupó el general Beljeir fue la confección de las papeletas electorales. Al parecer, su diseño era complejo y difícil de entender, mucho más que en 1990, por lo que muchos ciudadanos estropearon sus papeletas de voto (J. Fontaine, 1992, citado en Roberts, 1994: 475). Como, además, las mesas electorales recibieron la consigna de ser rígidas con las papeletas dudosas, el número de votos blancos y nulos casi triplicó el de las elecciones pasadas (924.906 por 381.972) (ibídem). No cabe duda de que el diseño y la instrucción a las mesas fueron decisiones premeditadas ¿pero qué objetivo perseguían?

Por ilógico que pueda resultar, Beljeir actuó convencido de que una abstención grande perjudicaría especialmente al FIS y daría un parlamento fragmentado y débil. Creía que al eliminar el voto entre cónyuges, que había beneficiado mucho a los islamistas, aunque también al FLN, el FIS trataría de movilizar aún más electores, incluyendo los jóvenes y las mujeres, dos colectivos muy poco participativos normalmente. Esto es lo que ocurrió en realidad. Muchas mujeres simpatizantes del FIS salieron a las calles de Argel para ir a votar (Roberts, 1994: 488). Beljeir contaba por tanto con desmotivar a los nuevos votantes por medio de medidas policiales, exceso de controles y sobre todo,

complicaciones en el censo, la tarjeta electoral y la papeleta. Además, para asegurarse que la participación sería más baja aún, mandó la circular a las mesas electorales para que invalidaran las papeletas dudosas. Pero su error fue mayúsculo por varios motivos. Uno de ellos fue el trabajo de zapa contra el FLN que Gozali estaba haciendo mientras tanto. Otro, que el sentimiento de injusticia de muchos seguidores del FIS podía llevarlos a las urnas en vez de dejarlos en casa. Tercero y más importante, que sus medidas para poner trabas a la inscripción o a la recepción de tarjetas iban a perjudicar más al FLN que al FIS. Esto merece ser explicado. Beljeir contaba con que muchos posibles electores, en proporción más del FIS que de otros partidos, se desanimaran y no hicieran las reclamaciones oportunas si no habían recibido la papeleta electoral. Pero como el problema de la ininteligibilidad de las papeletas de voto y el de las reclamaciones del censo podían solucionarse con organización y buena base educativa, el FLN estaba condenado a sufrir más aun la abstención que el FIS. Como el FIS estaba muy bien organizado y controlaba las comunas, sus simpatizantes podían vencer los obstáculos del censo y de la papeleta. En cambio, los del FLN, residentes sobre todo en zonas rurales y atrasadas, estaban peor preparados para afrontar los mismos problemas. No tendrían ni la instrucción ni los recursos para desplazarse y solicitar la revisión del censo ni para entender la papeleta electoral. Por tanto, la estrategia de inducir la abstención y desincentivar la participación pecaba de miopía política y tenía necesariamente que dañar al FLN.

Esto es exactamente lo que ocurrió. Si bien es cierto que el FIS perdió algo más de un millón de votos (el 24,7% respecto a 1990), el FLN dejó de contabilizar 632.291 votos, esto es, el 28,3% de los que logró en 1990. Lo más llamativo es que los votos perdidos del FLN fueron mucho más importantes que los dejados por el FIS. La razón fue que los votos que el FLN no capturó multiplicaron las posibilidades electorales del FIS. Las expectativas electorales del FLN eran del 33% aproximadamente, pero su resultado solo fue del 23% del voto total. Pues bien, esa bajada de 10% permitió al FIS obtener en muchas circunscripciones más del 50% de los votos y con ellos la totalidad de los escaños en disputa. Sólo el desplome del voto del FLN hizo posible que el FIS lograra en primera ronda el 81% de los escaños ganados por mayoría absoluta con tan sólo el 47% de los votos. La abstención incentivada y el apadrinamiento de las candidaturas independientes hundieron el voto del FLN más que el del FIS y sobre todo, le dio a éste cómodas mayorías en todo el país.

Cuadro 1 Impacto de la abstención en las zonas de voto “FLN”					
Wilaya	Localización	Res. 1990 (Vict. en Elecc. APW)	Caída Par- tic. 1990-1991	Res. 1.ª Ronda 1991 (escaños ganados por mayoría absoluta)	Escaños FLN/Total escaños en disputa
Adrar	Sur	FLN	-16,44%	FLN, 3; FIS, 0; Otros, 0	
Be-yaia	Cabilia	FLN	+26,11%	FLN, 0; FIS, 0; Otros, 11	
El Bayad	Altas Mesetas	FLN	-8,56%	FLN, 0; FIS, 5; Otros, 0	
El Tarf	Este	FLN	-10,63%	FLN, 1; FIS, 0; Otros, 0	
Illizi	Sur	FLN	-15,41%	FLN, 3; FIS, 0; Otros, 0	
Jenchela	Este	FLN	-15,22%	FLN, 1; FIS, 0; Otros, 0	
Uargla	Sur	FLN	-5,17%	FLN, 0; FIS, 4; Otros, 0	
Suk Ahras	Este	FLN	-15,14%	FLN, 0; FIS, 4; Otros, 0	
Tamanraset	Sur	FLN	-17,01%	FLN, 2; FIS, 4; Otros, 0	
Tebessa	Este	FLN	-15,69%	FLN, 0; FIS, 4; Otros, 0	
Laguat	Altas mesetas	FLN	-7,55%	FLN, 1; FIS, 1; Otros, 0	
Batna	Este	FLN	-11,78%	FLN, 0; FIS, 8; Otros, 0	
Biskra	Este	FLN	-8,76%	FLN, 0; FIS, 4; Otros, 0	
Gardaia	Sur	FLN	-11,34%	FLN, 1; FIS, 1; Otros, 3	
			Caída media nacional: -6,2%	Ventaja: FLN (5), FIS (4), Otros (2) y Empate (3)	12/107

Elaboración propia a partir de datos recogidos por Roberts, 1994: 479 y Kapil, 1991b: 52<sup>13</sup>.

Otra prueba de que el resultado fue el opuesto al esperado y fruto de una torpeza sorprendente la encontramos en una estadística que nosotros mismos hemos elaborado. Según demuestra la misma, la abstención golpeó duramente los “feudos” electorales del FLN, una parte de los cuales cambiaron de manos. De las catorce *wilayas* donde el FLN se impuso en las elecciones de 1990 a las APW, en doce hubo un des-

<sup>13</sup> Kapil, A. (1991b). “Chiffres-clés pour une analyse. Portrait statistique des élections du 12 juin 1990.” *Cahiers d'Orient*. (23), pp. 41-63.

censo superior a la media nacional (6.2%) de la participación. En nueve de las doce, el descenso fue por encima del 10% y en seis por encima del 15%. De los catorce, el FLN sólo fue el primer partido en la primera ronda en cinco wilayas, el FIS en cuatro, los independientes en dos y en otras tres hubo empate. En total, doce de sus quince escaños vinieron de esta zona, pero fueron muy pocos considerando los 107 que estaban en disputa. Finalmente, es posible que influyera el hecho de que algunos candidatos del FLN boicotearan la campaña del partido o incluso pidieron el voto para el FIS, como afirma H. Roberts (op. cit, p. 476). Pero no es necesario recurrir a esta explicación conspiratoria para entender por qué fracasó la estrategia de Gozali y Beljeir.

Aunque la paradójica y embarazosa victoria del FIS no fue un resultado premeditado por facciones del régimen, ni una maquinación, sino el producto de una enorme torpeza política, es verdad que la situación creada no cogió a todos igualmente desprevenidos. Mientras que Beljeir tuvo que informar visiblemente alterado de los resultados electorales, Gozali alabó con tranquilidad la limpieza y “transparencia total” de los comicios y echó la culpa de los resultados al FLN, que según él, era un “partido atrasado y cobarde que se había callado ante la violación de la democracia” (Keesing’s World Record of Events, 1991). El ejército, por su parte, ya contaba con un plan de intervención y el día 29, tres días después de los comicios, cerró filas para oponerse a la continuación del proceso electoral<sup>14</sup>. Ese plan preveía incluso cómo debía efectuarse “la neutralización por medios legales de las operaciones electorales”. En efecto, ni a Gozali ni a Nezzar les faltaban motivos para ir contra Chadli si éste se interponía en la interrupción del proceso electoral. Para Gozali, Chadli era un hombre arbitrario que había marginado a hombres íntegros y capaces como Abdesalam y él mismo<sup>15</sup>. Para Nezzar, Chadli era un líder débil cuya elección en 1979 nunca debió de haberse producido (op. cit: 231-232). Así pues, los resultados electorales sólo aceleraron la caída de Chadli, una caída anunciada desde la crisis de junio.

---

<sup>14</sup> Nezzar, op. cit. p. 239.

<sup>15</sup> Según una noticia de *The Egyptian Gazette* del 18 de marzo de 1980, un grupo de militares habría respondido a las amenazas del presidente de llevar a Gozali a los tribunales por corrupción, con una pequeña asonada, que no tendría, sin embargo, incidencia. Citado en Zartman, I. W. (1987). *The Military in the Politics of Succession: Algeria. The Military in African Politics*. J. W. Harbeson. Nueva York.p. 41.

Junto al jefe de gobierno y al ejército se encontraban toda una serie de organizaciones y aparatos del Estado que estaban en situación de alerta desde hacía meses. La formación del Comité Nacional de Salvaguardia de Argelia, CNSA, en apenas una semana desde las elecciones no se explica si no es porque desde el verano se habían estrechado los contactos entre sus promotores. La idea que abrigaban Nezzar, Gozali y sobre todo Belkaid, el ministro de Información, era concitar un movimiento de masas que pidiera al gobierno la interrupción electoral. Ante todo, había que dar la apariencia de que el proyecto de detener los comicios procedía del pueblo y que el régimen era su simple ejecutor. En realidad, lo que sucedió, más allá de una cierta reivindicación espontánea, fue que los actores del sistema de partido único que se habían estado concertando al menos desde el verano lograron activar una especie de solidaridad defensiva contra la irrupción del FIS en el Estado. De esa solidaridad participaban la UGTA<sup>16</sup>, parte del FLN, la patronal pública y privada, la Asociación Nacional de Cuadros de la Administración, amplios sectores de la prensa, la Organización Nacional de Muṣahidin, varias organizaciones feministas y estudiantiles y algunos partidos como el PAGS y el RCD. En conjunto, puede dar la impresión de que se trataba de una auténtica sociedad civil manifestándose por las libertades. Pero estamos más bien ante una panoplia de organizaciones que gravitaban muy cerca del Estado y que no tenían ningún interés en alejarse de él. Los casos paradigmáticos eran la patronal privada y la prensa que pese a las incitaciones del gobierno a la libre iniciativa, seguían estrechamente vinculadas al poder público.

Aun con el proceso de democratización en marcha, los vasos comunicantes entre todas las organizaciones y aparatos del “antiguo régimen” seguían funcionando y bastaba que hubiese una percepción de amenaza común para que sus miembros se solidarizaran unos con

---

<sup>16</sup> La solidaridad de la UGTA con el régimen está a prueba de dudas, a pesar de las declaradas intenciones de independencia organizativa del sindicato. Desde su llegada al poder, se hizo patente el buen entendimiento que existía entre el primer ministro Gozali y la UGTA, el cual se plasmó por un lado en el significativo descenso de la agitación sindical – 1034 huelgas en 1991 por 2023 el año anterior y 71.581 huelguistas por 301.694) (citado en A. Benamrouche (1995). “État, conflits sociaux et mouvement syndical en Algérie (1962-1995)”. *Monde Arabe. Maghreb-Machrek* (148, avril-juin) p. 52) – y por otro, en el acuerdo tripartito de noviembre de 1991 por el que los sueldos nominales subían más del 50% (citado en Benabdallah, op. cit, p. 22).

otros. El ejército y la Seguridad militar temían perder su liberalidad para el gasto y ver procesados a los oficiales responsables de la represión. La UGTA se veía directamente amenazada por el sindicato islamista que competía por captar a sus afiliados e impartía consignas sindicales antagónicas a las suyas. Los medios académicos y periodísticos francófonos y francófilos temían ser desbancados por los intelectuales arabófonos del movimiento islamista. Los cuadros de la Administración y del sector público recelaban de que se produjera una gran purga para dar cabida a los universitarios parados del FIS. Como también temían perder sus redes de clientelas y los monopolios de importación. La Organización Nacional de *Muḥahidin* se preocupaba por la posible supresión de los subsidios en moneda y en especie de que disfrutaban los excombatientes. La patronal privada podía perder sus estrechos lazos con la oficialidad militar y la alta administración que tantos beneficios le reportaba. En fin, varias organizaciones femeninas esperaban obtener la recompensa de un cambio o la abolición del Código de Familia si se oponían al FIS. Los pequeños partidos comunista (PAGS) y berberista-laico (RCD) estaban ideológicamente en las antípodas del FIS y sólo podían salir perjudicados con su victoria. Poco a poco, en los meses que precedieron a las elecciones, se fueron trabando los lazos entre todos estos actores. Cada uno de ellos se iría incorporado a la maquinaria anti-islamista que orquestaban el gobierno y el ejército.

Dentro del círculo estrecho que formaban el gobierno y la jerarquía militar se fueron diferenciando tres círculos interconectados de personalidades que serían los protagonistas del golpe de Estado de enero de 1992. El primer grupo estaba formado por los ministros Harun y Belkaid y en torno a él se congregarían más tarde Budiaf y Hamdani. El segundo era el del primer ministro Gozali, detrás del cual estaba Abdesalam, y al que se sumarían dos viejos conocidos de éste, Kafi y Tedjini. El tercer y último grupo era el de los militares, comandados por Nezzar y en el cual entraron Beljeir y los oficiales promovidos por Nezzar (Gueziel, Tuati y Guenaizia). Todos ellos habían estado de un modo o de otro vinculados a Francia (como militantes en la Federación de Francia, estudiantes o suboficiales del ejército francés) y todos salvo cuatro eran originarios o habían vivido en el Oeste del país. El eje conductor de los tres grupos estaba formado por el trío Belkaid-Gozali-Beljeir, los tres procedentes de la zona occidental de Tlmcén. Gozali era amigo personal de Belkaid y de Harun. El primero tenía buenas relaciones con el sindicato y el segundo con Budiaf al que convencería para que regresase y asumiese la presidencia. Por su parte, Beljeir poseía inmejorables relaciones en los servicios

de seguridad y en las cancillerías extranjeras. En cuanto a Nezzar, disfrutaba de la suficiente autoridad para convencer a la oficialidad argelina. Estos tres círculos informales se irían cohesionando a medida que fueron preparando juntos la salida política a la crisis electoral.

Una vez celebradas las elecciones, el primer objetivo de la maquinaria anti-islamista fue presionar al Presidente para que dimitiera. El ejército le hizo saber por medio de un comunicado firmado por 181 coroneles y altos oficiales que ni la jerarquía ni la oficialidad media le daban permiso para negociar con el FIS. Mientras tanto, la prensa informaba a “bombo y platillo” de unas negociaciones secretas entre Chadli y el líder del FIS Hachani. Acusaba a Chadli de traicionar al ANP por maniobrar a sus espaldas. Las iniciativas de los tres frentes ganadores de las elecciones (FIS, FFS y FLN) para calmar la situación fueron silenciadas por una prensa obcecada en el peligro islamista. Algunos periodistas extranjeros contribuyeron inmejorablemente a sembrar la alarma, como el corresponsal del *Financial Times* que atribuyó a Hachani el rechazo a la ley de hidrocarburos, a los acuerdos financieros con la UE y una posible negativa a pagar la deuda externa. Aunque Hachani se apresuró a desmentir la información, la refutación no tuvo suficiente eco. Cuando, unas semanas después, el periodista reconoció que no había entrevistado a Hachani y que simplemente se había limitado a analizar sus discursos, era ya demasiado tarde porque el daño ya estaba hecho<sup>17</sup>.

En los países occidentales y en los países árabes amigos de aquellos prevaleció el temor sobre la serenidad. El Ministro de Asuntos Exteriores francés aparentaba pragmatismo pero la mayoría de la clase política y los medios de comunicación recelaban del FIS. El Embajador de Francia en Argelia, Jean Audibert fue tajante en su oposición a los islamistas y lejos de acomodarse a la línea oficial hizo todos los esfuerzos para impedir la llegada de los islamistas al poder<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> Khelladi, op. cit, p. 125.

<sup>18</sup> F. Ghilès describe a Audibert como un “procónsul” más que como un embajador de Francia, maniobrando con discreción como había hecho en África subsahariana donde había estado destinado (Ghilès, F. (1998). “L’Armée a-t-elle une politique économique? Chronique de 12 années de compromis incertains.” *Pouvoirs* (86), p. 91). P. Naylor indica que Audibert “urgió a París para que detuviera las elecciones” (Naylor, P. (2000). *France and Algeria. A History of Decolonization and Transformation*. Gainesville, University of Florida Press, p. 185).

Marruecos, Túnez, Egipto y Arabia Saudí expresaron su desasosiego por la situación en Argelia. Mientras tanto, el grupo de análisis y decisión formado en torno a Nezzar explotaba a la perfección el clima de opinión pública. Retrasó hábilmente el anuncio de la dimisión de Benÿedid hasta tanto no se asegurase el apoyo implícito de los principales socios occidentales. Para ello, Beljeir viajó el día 10 a París (Naylor, 2000: 187) y volvió con la promesa francesa de no-injerencia en los asuntos internos de Argelia. Al día siguiente, Chadli ya podía anunciar su dimisión. La respuesta de las cancillerías occidentales al cese de Benÿedid fue mostrarse comprensivas y en el peor de los casos, solicitar lacónicamente un pronto regreso al proceso electoral, como hizo el presidente Mitterrand<sup>19</sup>. Por su parte, el Departamento de Estado de EE.UU. ratificó la versión argelina de los hechos al sostener que se trataba de “una operación de carácter constitucional”<sup>20</sup>. España e Italia, preocupadas por su abastecimiento directo de gas argelino, minimizaron las objeciones y se acomodaron a la postura de Francia y Estados Unidos.

Tras la dimisión de Chadli, tuvo lugar un auténtico “baile” de competencias en el que las instituciones se transfirieron de una a otra las funciones presidenciales dejadas vacantes el día 11. La última institución depositaria fue el Consejo Superior de Estado, HCE, una institución colegial mixta conforme a los deseos del ejército. Pero la sucesión en la jefatura del Estado no resolvía el problema creado por la interrupción electoral. Budiaf no tenía más proyecto que la reinención del partido único, algo que rechazaban la mayoría de partidos, apegados como estaban al multipartidismo. No existiendo un plan civil de diálogo con los líderes islamistas, el vacío quedó cubierto con el plan militar para el desmantelamiento completo del FIS. Budiaf estaba de acuerdo en ilegalizar este partido, pero no en el grado de represión que había que ejercer contra los islamistas, lo cual hizo vacilar al régimen. La ausencia de una salida política y las vacilaciones represivas dieron nacimiento a una espiral interminable de violencia y represión.

---

<sup>19</sup> Citado en Naylor, op. cit, p. 186.

<sup>20</sup> Mortimer, R. (1995). “Les États-Unis face à la situation algérienne.” *Monde Arabe. Maghreb-Machrek* (149, juillet-septembre), p. 4.



## CONCLUSIONES

1. El proceso de cambio político en Argelia vino precedido de una crisis general de gran intensidad en todo el sistema político. Los acontecimientos de octubre de 1988 tradujeron a la calle de manera brutal y contradictoria las tensiones que la crisis había exacerbado: las reivindicaciones de los movimientos sociales y las protestas espontáneas, los desacuerdos entre los servicios de seguridad y las rivalidades entre las facciones del partido y del Estado. Acechado por sus detractores, el Presidente Benÿedid lanzó un proyecto que por la fuerza de las circunstancias no podía ser expuesto abiertamente ni mucho menos negociado. La idea que albergaba esta “huida hacia adelante” era minoritaria y para hacerse realidad debía de ser preservada del conocimiento y los ataques de sus críticos. El secreto y la decisión en círculos restringidos, exigencias del sistema político argelino, se convertirían en la máxima debilidad de las reformas. Ese modo de actuar acarrió además de un déficit de credibilidad el no abandono del resto de prácticas del sistema de partido único: la intriga, la infiltración, la fuerza bruta y todo tipo de maniobras encubiertas. Asimismo alimentó las desconfianzas entre los partidos políticos y entre éstos y las facciones del poder, propiciando la entrada del ejército en el primer plano de la escena política.

En realidad, las FFAA no se apropiaron de un espacio que les era ajeno, el político, sino que bascularon hacia posiciones más protagonistas según se desarrollaban los hechos. El ejército argelino y la Seguridad militar, como pivotes del sistema político que son, participaban habitualmente de las principales decisiones y maniobras del régimen. Esto les permitía estar al tanto de las intenciones del Presidente y de los planes de los círculos que quieren derribarlo. Y también percibir con gran sensibilidad en qué momento el país y sus dirigentes perdían el respaldo internacional que necesitan. Esta característica o propiedad sistémica es precisamente lo que hizo posible que en las intervenciones de junio y diciembre de 1991 el ejército diera la impresión de actuar a la vez a favor del Presidente y de sus detractores. Debido a su posición y funciones, el ejército conoce las “cartas” de la Presidencia y los “ases” de quienes la desafían, por lo que puede jugar con ambas.

En primavera de 1991, el ANP vio complaciente como el Grupo de los ocho liderado por Merbah arrastraba al FIS a una huelga general contra el gobierno de Hamruch. Luego, alentó al FIS a perseverar en sus demandas y no levantar la huelga, insistiendo al mismo tiempo al Presidente para que declarase el Estado de sitio. Su intención no era salvar en su puesto al Presidente sino destituir al primer Ministro Hamruch, cuyas ambiciosas medidas económicas no sólo amenazaban el funcionamiento del ejército, del sector público y la administración, sino que habían privado al país del apoyo externo fundamental, el de las instituciones financieras francesas. Una vez apartado Hamruch, reticente a emplear la fuerza contra los islamistas, el ejército arrinconaría al FIS hasta obligarle a cometer un error y tener así la excusa para desmembrarlo desde la cúpula hasta la base.

A partir de ese momento, la jerarquía militar y el primer ministro Gozali se propusieron gestionar una transición controlada y sin sobresaltos. Ésta incluía un resultado electoral equilibrado y un FIS “domesticado” y afín a los planes económicos del gobierno. El ejército dejó hacer a Gozali, quien procedió a “deshamruchizar” la economía y sentar las bases de su programa económico (explotación intensiva de los hidrocarburos y fuerte crecimiento del gasto público), aunque preparó por si acaso un plan alternativo. Al fracasar Gozali, por el efecto combinado de las resistencias del parlamento, sus propias preferencias y la acción contraproducente de incentivar la abstención, el ejército surgiría de nuevo para aplicar su plan de urgencia a la crisis. Éste pasaba por obtener la dimisión del Presidente, antes de lo cual era necesario tomar dos medidas de precaución fundamentales: 1) legitimar la destitución por medio de la opinión pública y las movilizaciones ciudadanas y 2) asegurarse de que los principales socios occidentales no se opondrían activamente a su golpe “constitucional”. La opinión pública fue movilizad eficaamente y de ello se encargaron los medios de comunicación, las antiguas organizaciones de masa y otras entidades cercanas al régimen. En cuanto a las cancillerías occidentales, su posición sobre Argelia había variado sustancialmente en el último año, haciendo más fácil la tarea de persuadirlas. EE.UU. ya no veía con buenos ojos a los movimientos islamistas y en Francia, el recelo del FIS era más fuerte que la simpatía de Mitterrand hacia Benÿedid y sus reformas. Otros países con intereses importantes como Italia (gas y comercio) y España (gasoducto) estaban igual-

mente dispuestos a contemporizar. Las FFAA argelinas dieron una vez más la sensación de seguir los designios del Presidente, celebrando las elecciones y al mismo tiempo, los de quienes deseaban su dimisión. Exitoso en apariencia, el plan del ejército estaba lastrado en su concepción porque no disponía de una alternativa viable a la integración política del FIS, al multipartidismo y a la economía de mercado. Los remedos empleados –la represión e ilegalización del FIS, el monolitismo de frente único de Budiaf y la vuelta al proteccionismo económico con Abdesalam– serían desastrosos para Argelia.

2. En la transición argelina, los factores sistémicos tanto internos como ambientales jugaron un rol decisivo. Entre los principales factores ambientales que modificaron el curso de la transición destacan: 1) la renuencia de las instituciones francesas de crédito a agilizar la refinanciación de la deuda argelina y su impacto en la caída del gobierno Hamruch; 2) la respuesta más positiva de las instancias monetarias internacionales a un intento similar cuando fue acompañado de una apertura de la explotación y comercialización de los hidrocarburos; 3) El factor de alarma mediática internacional, que en un primer momento benefició al FIS dándole prestigio y votos, para luego perjudicarlo a él y al Presidente; 4) El factor regional, que funcionó frenando la liberalización argelina, en la medida que los países que habían abierto sus sistemas sin legalizar a los movimientos islamistas (Túnez y Egipto) presionaron a Argelia para que no permitiera un triunfo electoral del FIS; 5) La guerra del Golfo y el Nuevo Orden Internacional supusieron un vuelco radical en la posición de los movimientos islamistas (entre los cuales, el FIS) y en la manera en que eran percibidos por los países árabes del Golfo y los Estados Unidos. Éstos dejaron de ver en ellos los aliados naturales de sus intereses; 6) En el clima posbélico, el descubrimiento de una central nuclear escondida alarmó a los Estados Mayores occidentales y los indispuso más aún contra una eventual victoria islamista; y 7) El discurso internacional a favor de la democracia y la economía de mercado influyeron con fuerza sobre el Presidente y los reformadores, haciendo que el primero se preocupara en cumplir con los requisitos de respetabilidad internacional y que los segundos vieran en la democratización una mejoría de la posición financiera del país.

Las propiedades sistémicas del régimen, en concreto, la unión y solidaridad existente entre sus componentes ante la percepción de la “amenaza” que constituía para ellos el FIS permite explicar el tipo de mecanismo que se puso en marcha para cancelar de las elecciones: 1) El ejército y la Seguridad militar se sentían en peligro por las posibles reducciones de efectivos y la pérdida de libertad en el gasto, por los juicios contra los responsables de la represión de octubre y quizá también por la infiltración de los islamistas en sus filas. 2) La UGTA veía al FIS como un rival hostil y se sentía directamente desafiada por el sindicalismo del SIT. 3) Los pequeños partidos como el PAGS y el RCD próximos al poder percibían el avance islamista como un peligro directo para sus intereses y posiciones ideológicas. 4) Las empresas públicas nacionales temían el fin de los monopolios, la concurrencia internacional y las auditorías externas como las que había respaldado el FIS cuando Hamruch estuvo en el gobierno. 5) Los cuadros de la Administración estaban inquietos por la posibilidad de una purga general; en fin, 6) los líderes históricos del FLN podían perder la oportunidad de reintegrarse plenamente en la vida política nacional. Aprovechando esta convergencia de intereses, el gobierno y el ejército actuaron como aglutinadores de todas las fuerzas afectadas y promovieron su entendimiento dentro de un comité “ciudadano” que reivindicaba la anulación electoral.

El principal “linkage” o nexo de unión entre los factores ambientales y los factores internos fue la política económica seguida durante la transición. En efecto, la evolución del proceso político estuvo directamente condicionada por las opciones macro económicas (monetarista y neo-socialista) de sus gobiernos. Con la llegada de Gozali al poder en junio de 1991, se reinstauraron los mecanismos de distribución de la renta que habían sido levemente desajustados por las reformas de Hamruch. La acumulación de divisas por hidrocarburos volvió al primer plano con la ley de 4 de diciembre que abrió los yacimientos de gas y petróleo a las empresas extranjeras en condiciones mucho más ventajosas que las precedentes.

Este restablecimiento de la economía del petrodólar fue interpretado por el ejército en términos simples como un fortalecimiento del Estado y sus ingresos y una recuperación de la credibilidad financiera del país. Dada la difícil coyuntura internacional que atrave-

saba el país, el ejército consideró que la orientación “mercantilista” de acumulación de divisas propuesta por Gozali era una solución preferible a la compleja y arriesgada apuesta de Hamruch por sanear a fondo las finanzas del Estado. A diferencia de Hamruch, Gozali contaba con el respaldo de los principales socios internacionales de Argelia como lo puso de manifiesto el importante acuerdo con el Crédit Lyonnais para refinanciar parte de la deuda externa.

Ahora bien, la opción nacional-mercantilista implicaba la reconstitución de la cadena jerárquica que decidía sobre el gasto y la distribución de la renta. A diferencia del modelo productivo y comercial que Hamruch y los reformadores defendían, basado en la pequeña empresa y en la liberalización de la economía doméstica, en la cadena jerárquica de asignación del gasto público de Gozali no había cabida para los islamistas. En dicho modelo político y económico, la riqueza se generaba externamente y fluía de arriba abajo según criterios de oportunidad y conveniencia no sujetos a control democrático ni a participación. En cambio, en el modelo de Hamruch, la producción industrial pública y parte de las importaciones debían ser absorbidas por un nuevo tejido socio-económico, formado por empresas privadas, comerciantes, inversores extranjeros y empresas públicas rentables. En este diseño, los islamistas tenían un papel activo que desempeñar a través del comercio y el control social, a la vez que se les permitía disfrutar de la representación política de sus intereses.

Los acontecimientos de junio interrumpieron los planes de Hamruch mientras que los de diciembre y enero acabaron por enterrarlos. La fórmula económica y política por la que optaron Gozali y Nezzar en verano de 1991, no sólo descansaba sobre un análisis miope de la fortaleza del Estado en una economía globalizada, sino que cerró el paso en principio y en la práctica a la integración del FIS en el sistema político. En este sentido, las opciones de política económica fueron determinantes en el desenlace del proceso político ya que volvieron inaceptable cualquier resultado electoral que diese al FIS un acceso masivo a las estructuras del Estado.

3. Con respecto a otras interpretaciones vertidas sobre el cambio político en Argelia, esta tesis sostiene lo siguiente: la transición adoleció más que de los intereses ocultos de una sola institución o

la falta de un pacto (Martín Muñoz), del oportunismo o ambición del FIS (Roberts) o del carácter supuestamente retrógrado y autoritario de los islamistas (Addi), de un déficit de credibilidad dentro y fuera de Argelia, de las viejas prácticas políticas y del comportamiento cautivo de amplios sectores del régimen, refractarios a cualquier cambio de sus posiciones ya fuera éste liberal o islamista. El ejército no fue, sin duda, el único rival del FIS, aunque sí el más visible, ni el único cuyos intereses estaban amenazados por las reformas y los islamistas. Tampoco puede afirmarse que el Estado-FLN estuviera plenamente en control de la situación y manejara al FIS a su antojo, dándole lo que ganaba y quitándoselo merecidamente por prestarse a seguir su juego. El FIS fue algo más que una creación y un instrumento del FLN. Conectó con la sensibilidad y las aspiraciones de muchos argelinos, gracias a un componente humano joven y a un nacionalismo sincero y no puede ser culpado de los intentos de manipulación que se hicieron sobre él. Como tampoco creemos que el FLN fuera más que una nave sin dirección, a expensas de las facciones del ejército y de la administración. Contrariamente a esa interpretación, no hubo, una manipulación a gran escala en las elecciones de diciembre de 1991, sino un cúmulo de despropósitos políticos. No obstante, es cierto que la salida del Presidente estaba decidida desde junio de 1991 y que sólo era necesario encontrar la situación apropiada.

Por último, no es posible afirmar que el sistema político argelino fuera neopatrimonial y populista y al mismo tiempo que el ejército reunía los atributos necesarios para restablecer la autoridad y conducir a Argelia hacia la democracia. Como hemos visto, el ejército era parte y todo del sistema político y sus actuaciones reproducían la lógica de mantenimiento del mismo, no lo transformaban en un sistema democrático. Obstinar-se en mostrar al FIS como una regresión cultural y política en lugar de explicar exactamente de qué forma su triunfo podía haber trastocado el sistema político, económico y las relaciones internacionales de Argelia parece no conducir a ninguna parte.

En general y con la salvedad parcial de H. Roberts, las interpretaciones dominantes han soslayado el papel de los factores internacionales, que nosotros consideramos de primera magnitud. En efecto, los medios de información internacionales y las grandes potencias pueden ser decisivos en las transiciones a la democracia

no sólo por el respaldo mediático, financiero y diplomático que les prestan, sino porque su tibieza y sus cambios repentinos de actitud con respecto a los actores involucrados pueden modificar el rumbo de los acontecimientos. Esto es justo lo que ocurrió en Argelia a propósito del proceso democrático, de las reformas económicas de Hamruch, del FIS y del Presidente Benÿedid, ninguno de los cuales pudo asegurarse el beneplácito estable de la comunidad internacional. Es más, los medios de comunicación occidentales fueron determinantes en crear y difundir una sensación de alarma que resultó perjudicial para el desenlace de la transición. Fue el caso de las informaciones inquietantes sobre la central nuclear de Ain Usera, de las declaraciones tergiversadas por Financial Times del líder del FIS Hachani o de la cobertura sensacionalista del partido islamista en buena parte de la prensa francesa.

4. El cambio político argelino puede describirse como un bloqueo gradual de una transformación política y económica descompensada. En determinados aspectos, la doble transición política y económica avanzó a gran velocidad mientras en otros apenas produjo efectos. Si bien el panorama político se abrió considerablemente (afectando a las funciones de interlocución, orientación y creación de bases de apoyo) y el sistema económico socialista fue desmantelado a golpes legislativos, otras funciones importantes como la extracción, el mantenimiento del orden, el reclutamiento de élites, la toma de decisiones y la filtración de demandas e intereses se mantuvieron prácticamente inalteradas. Actores claves del sistema como la Seguridad militar, el ejército, la SONATRACH, la Administración o la Presidencia siguieron funcionando como antaño, inmunes al control y a la transparencia. Ello se debió en algunos casos a que el gobierno no tuvo la capacidad para regular a instituciones exentas de toda fiscalización como el ejército, la Presidencia o la SONATRACH. En otros casos, a que el gobierno no gozó de autoridad suficiente para imponer los cambios, como ocurrió con la Administración y el sector público que desafiaron abiertamente las innovaciones del ejecutivo.

La discordancia existió también entre las reformas económicas y las políticas. Las primeras impusieron a la población sacrificios excesivos en poco tiempo y sobrecargaron innecesariamente el frágil proceso democrático. Fue un cambio desequilibrado, por

último, por los apoyos intermitentes que recibieron desde el exterior los distintos actores políticos y los gobiernos de Hamruch y Gozali.

La apertura argelina, pese a haber sido abortada, dejó una huella duradera que no puede minimizarse. La experiencia de innovaciones políticas y económicas vivida por Argelia entre 1988 y 1992, si bien fue limitada por su brevedad y eficacia, sigue bien presente en la realidad política actual. Su efecto más inmediato fue, ya que no un cambio de régimen, sí una refundación parcial del sistema político. Ello en la medida en que se produjo un realineamiento sin relevo de la clase política argelina, tanto sobre el escenario internacional como sobre el “tablero” interno, en torno a una nueva divisoria: la aceptación o exclusión del islamismo.

5. La transición argelina fue un prototipo de transición discordante. Primero, porque su desarrollo y resultados situaron en franca contradicción los intereses de los principales actores domésticos. Segundo, porque fue una transición que chocó frontalmente con las expectativas “democráticas” de los países occidentales. Tercero, porque no encontró acomodo en los modelos teóricos de las transiciones a la democracia. En el ámbito doméstico, la transición argelina colocó a los actores en posiciones antagónicas y hasta irreconciliables tanto por sus relaciones con el Estado como por sus orientaciones ideológicas: estatistas frente a liberales, laicos frente a confesionales, francófonos y berberófonos frente a arabófonos, militares y conciliadores frente a revolucionarios, etc. Fueron tan intensas y excluyentes estas divisiones que los partidos acabaron segmentándose en acólitos y detractores de la solución tomada por las autoridades. En efecto, la cancelación electoral y la ilegalización del FIS tuvieron el efecto de enfrentar a los partidos sobre la conveniencia o no de secundar la expeditiva solución del régimen. Y dentro de éste, las tensiones llevaron al bloqueo del proceso político. Las disensiones sobre el papel asignado al FIS en el nuevo orden político terminaron en la suspensión de un proceso electoral competitivo.

En el comienzo, las potencias occidentales apoyaron la democratización argelina, personalizando un discreto respaldo en la persona de Chadli Benÿedid. Pero en el momento en que se perfiló como posible ganador un movimiento populista de masas como el FIS,



entonces moderaron sus señales de complacencia. Algo parecido ocurrió con las reformas económicas que dichos países habían venido aplaudiendo desde mediados de los ochenta, y que comenzaron a ver con reticencia a partir de la ambiciosa gestión del primer ministro Hamruch. La falta de asistencia a su gobierno en el asunto crítico de la refinanciación de la deuda allanó el camino de su caída. Entretanto, la democratización argelina dejó de ser bendecida en las altas esferas diplomáticas, que vieron con alarma la llegada del FIS al poder. Cuando se produjo el golpe y la anulación de las elecciones en 1992, las cancillerías extranjeras resolvieron el dilema que se les planteaba optando por la conveniencia más pragmática en detrimento los principios proclamados en su acción exterior.

En el plano teórico, el caso argelino entró en discordancia e incluso rebasó el modelo de la transitología porque no se dieron en él ni el famoso pacto entre las élites, ni la moderación de los “blandos”, ni el apoyo incondicional de los socios internacionales, todos ellos elementos claves de dicho modelo. En ausencia de demócratas convencidos, los transitólogos esperaban que los actores políticos se comportasen racionalmente, esto es, que renunciasen a sus preferencias y aceptaran la segunda mejor opción, que es para todos ellos la democracia. Sin embargo, los actores argelinos no se comportaron aparentemente de manera lógica ni racional. La opción que tomaron en favor del enfrentamiento y la guerra, ¿no es en sí misma la evidencia de una elección irracional, al menos desde el punto de vista colectivo?

En todo caso, si la transición o el tránsito autoritario a la democracia fracasaron en Argelia, no fue tanto porque se apartó del modelo de las transiciones, sino porque el proceso democratizador careció desde el principio de credibilidad y porque el poder político no podía ser repartido verdaderamente mientras se perpetuara el monopolio sobre las riquezas del país. Como los actores del régimen no rompieron definitivamente con las viejas prácticas políticas y económicas del pasado, todos los avances democráticos estuvieron lastrados de antemano. El Presidente y el gobierno dieron pasos importantes en la liberalización política pero como no renunciaron a la argucia y a la fuerza como tácticas fundamentales de su acción, la ciudadanía los consideró sospechosos y se abstuvo masivamente en los comicios. Los partidos vacilaron entre dejarse arrastrar por el régimen o

mantenerse al margen; los que más dudaron, como el FIS, acabaron siendo utilizados en las querellas entre facciones del régimen. De ese terreno de las dobles intenciones y las intrigas, nacieron las decisiones aparentemente irracionales, sobre las que no puede sostenerse ninguna democracia. Por otra parte, como el Estado rentista no fue desmantelado completamente bajo Hamruch e incluso fue reconstruido por su sucesor Gozali, el poder económico siguió concentrado en las manos del Estado y de los círculos privados que lo rodean. Esto supuso un límite estructural a la entrada del FIS en el entramado del poder, ya que la cadena jerárquica en que se basaba la distribución de la renta sólo podía funcionar con cooptaciones limitadas. La supervivencia de los mecanismos rentistas imposibilitó, por tanto, la entrada masiva del FIS o de otro partido periférico en los puestos claves del Estado.

## CRONOLOGÍA SINTÉTICA

- 1987. Asesinato del opositor Ali Mecili en París. Legalización de la oficialista liga de derechos humanos y denegación de otras dos más independientes.
- 1988. Anuncio de amplias reformas políticas. Verano de penurias y malestar. Discurso incendiario del Presidente contra los que obstaculizan las reformas.

### **Episodio Primero (Sept. 1988-Marzo 1989). De la explosión social al advenimiento del pluripartidismo.**

Estallido de revueltas en las grandes ciudades del país. Intervención cruenta de unidades del Ejército “Octubre negro”. Discurso presidencial en que se prometen reformas. Apaciguamiento de la situación.

- 1989. Reforma constitucional. De hecho, cambio sustancial del sistema político, al ponerse fin al socialismo, al sistema de partido único y al rol preponderante del ejército. Legalización de partidos políticos. Nombramiento de Hamruch en el gobierno después del cese contestado de Kasdi Merbah. Se aceleran las reformas económicas.

1990. Elecciones locales en las que el FIS obtiene una abultada mayoría.
1991. El Ejército advierte contra los intereses extranjeros del FIS. Cambio del reparto de circunscripciones para restarle escaños al FIS y aumentar los del FLN. Un grupo de partidos el Grupo de los 8 pide su abrogación pero el gobierno se obstina en mantener el cambio electoral.

### **Episodio Segundo (Abril-Junio 1991): De la “tafiletería electoral” al Estado de excepción**

El FIS se lanza a una huelga general primero, en solitario, y luego a un movimiento de desobediencia y ocupación de espacios públicos. Aumenta la tensión y el ejército interviene. Se disuelven las congregaciones y Hamruch presenta su dimisión. Le sucede el ministro de asuntos exteriores, Ahmed Ghazali, quien promete elecciones limpias. Ghazali deshace las reformas económicas de Hamruch. Durante el verano, el Ejército retira los símbolos religiosos de las comunas gobernadas por el FIS y detiene a la dirección del FIS acusada de llamar a la rebelión. Se suspenden sus publicaciones y cierran los locales.

### **Episodio Tercero (Oct. 1991-Marzo 1992). Del levantamiento del Estado de excepción al estallido de la violencia**

- En septiembre uno de los líderes del FIS, Hachani, es liberado, y se organizan elecciones generales en las que el FIS participa a pesar de tener a su cúpula detenida. La ley electoral vuelve a cambiarse y se aprueban distintas medidas de seguridad. En las elecciones de diciembre, el FIS obtiene una mayoría holgada en la primera ronda, situándose a las puertas de la mayoría absoluta.
1992. El Presidente Benâedid presenta su dimisión y un órgano consultivo, el Consejo de Seguridad, se hace con el poder supremo tras declinar asumir la vacante presidencial el presidente del Tribunal Constitucional. Decreto de estado de emergencia y asunción de la presidencia por el líder histórico Mohamed Budiaf. El ministro de Interior solicita a los tribunales la disolución del FIS, que se concede en abril. Entre tanto, las fuerzas de seguridad intentan tomar por la fuerza el control de las mezquitas afi-

nes a los islamistas. Se producen altercados y detenciones. Los ayuntamientos gobernados por el FIS son disueltos y sustituidos por consejos designados. Los alcaldes, militantes y jóvenes sospechosos de simpatizar con el FIS son detenidos e internados en campos del Sáhara, al sur del país. Al ser liberados meses después, muchos se unen a los maquis que se estaban organizando en las montañas y barriadas periféricas. El asesinato de Budiaf en verano deja las manos libres a los erradicadores dentro del aparato del Estado. La violencia se desata sin control.

## RESUMEN

La llamada “primavera argelina” fue el período más destacado de la Argelia independiente. No sólo marcó el final de una era sino que precipitó un conflicto civil. Su desarrollo ha influido mucho en otros países árabes. A pesar de ello, el período sigue ocultándonos algunos interrogantes fundamentales, los cuales pesan sobre el significado de los cambios acaecidos. El texto se adentra en la explicación de un proceso plagado de intrigas, cálculos y errores sorprendentes. Tras una introducción, describimos en detalle el último de los episodios del proceso (véase la cronología). Concluimos con tres tipos de hallazgos: 1) la importancia del gobierno Hamruch en la democratización y *por ende* de los factores internacionales, 2) el error manifiesto (aunque no intencionado) de las elecciones de 1991 y 3) la escalada de actos, no la erupción inmediata, que produjo la violencia. Se afirma de manera general que la transición argelina fue una transición discordante tanto por sus contradicciones internas, como por no ajustarse a modelo teórico alguno como por separarse de las expectativas occidentales.

## ABSTRACT

The so called “Algerian spring” was the most remarkable period in post-colonial Algerian history. It did not only signaled the end of an era but also sparked the latest civil conflict. Its evolution and outcomes have exerted much influence on other Arab countries. Despite that, this period keeps hiding us some fundamental answers, which weigh considerably over the meaning of the changes that took place. The following text extracted from my PhD dissertation is a step into a process full of intrigues, calculations and striking mistakes. After the introduction follows a detailed description of the closing episode of this democratization experience (see the Chronology at the end). We conclude by asserting three different findings: 1) the importance of Hamruch’s government on the democratization and linked to it of international factors (economic and geopolitical); 2) the manifest though unintentional mistake committed on the 1991 legislative elections; and 3) the spiral of violent acts, not the immediate eruption, that led to civil strife. We affirm on a general basis that the Algerian transition was a discordant transition and this was so because of its internal contradictions, its unfitness to any theoretical model and its deviation from all Western expectations.